SOBRE LA EXISTENCIA DE LOS MUNDOS FICCIONALES Y DE LOS SERES QUE LOS HABITAN

JOSÉ MARÍA PAZ GAGO
UNIVERSIDADE DA CORUÑA

Desde una perspectiva ontologista, uno de los problemas centrales que se plantea la Teoría de la ficción es el de la existencia de los mundos y de los seres ficcionales. Aunque el sentido mismo de ficción implica un cierto tipo de existencia, no real pero si ideal, virtual, mental,... en el seno de la filosofía analítica, desde Russel, se ha negado cualquier tipo de existencia a la ficción. Margolis (1983:168) es tajante al afirmar que los entes ficcionales son, en tanto que ficcionales, esencialmente incapaces de existir puesto que son pura y simplemente imaginarios: imaginamos que existen, pero en realidad no existen (1983:168)(1).

1. Existencia y referencia: de la teoría de mundos posibles a la teoría de mundos ficcionales.

Los mundos ficcionales son sistemas semióticos construidos y descritos por el narrador en el proceso de elaboración y enunciación de un texto narrativo. Éste genera así el universo de referencia en conexión con el cual debe ser leído para producir su significación y efectos cognoscitivos y estéticos específicos. Esta concepción de los mundos ficcionales se basa en el modelo teórico de los mundos posibles desarrollado en el seno de la Lógica Modal. Si la naturaleza de aquellos se asemeja a los universos considerados por la teoría modal, las *ficciones lógicas* de Carnap, es evidente que no puede hacerse una transposición literal de una noción lógica al estudio de la ficción literaria (cfr. Howell 1979:137. Pavel 1988:66. Pozuelo 1993:133 y ss.).

1 "*The characters are created as the story is created -as paitings and dances are created; but fictional entities are, qua fictional, essentially incapable of existing- in the straight forward sense that a fictional world is a world we only imagine to exist, though of course imagining such a world or reading or speaking about it is an actual activity that humans engage in*" (Margolis.1983:168).

Los mundos ficcionales no pueden concebirse de acuerdo con la lógica y la ontología específica de los mundos posibles, a riesgo de restringir su lógica al aparato de una lógica preexistente (Parsons, 1980), considerándolos como construcciones abstractas y vacías suspendidas en una estratosfera hipotética en la que serían descubiertos por los creadores de ficción. No son mundos concebidos como posibles alternativas al mundo empírico, tal como ocurre en la corriente que arranca de Kripke, sino que se trata de mundos intrínseca y existencialmente vinculados a los textos que los representan los cuales, de este modo, les dan una cierta existencia. Los mundos ficcionales son sistemas construidos y diseñados, más que entidades abstractas descubiertas en un hiperespacio lejano y misterioso, tal como los caracterizará el mismo Kripke en una célebre frase: los mundos posibles no se descubren mediante potentes telescopios, se les estipula (1972:67).

Tanto en su dimensión de texto ficcional como de los mundos que crea, *el Quijote* contiene una profunda reflexión sobre el problema de la existencia ficcional, basada fundamentalmente en la confrontación entre los personajes de la base ficcional realista y los seres maravillosos que evolucionan en el universo caballeresco imaginado por un protagonista imaginario: los niveles de ficción dan lugar a aparentes niveles de existencia dentro de la propia obra de ficción(2). Es en este aspecto en el que podemos entender la trascendencia del Quijote para la teoría de la ficción en general y de la novela en particular. Y ello hasta tal punto que, como afirma insistentemente Pozuelo, lo importante no es la poética de la ficción que se contiene *en* el Quijote sino la poética de la ficción *del* Quijote puesto que la narración de Cervantes es en sí una ficción y una poética de la ficción, debido a las reflexiónes que sobre ella y sobre las relaciones ficción-realidad se suscitan a lo largo de toda la obra (1993:26-27)(3).

Se trata de la estrategia de ilusión referencial mimética explotada por el narrador extradiegético: los seres de la ficción realista discuten ampliamente entre sí sobre la existencia de los seres pertenecientes al mundo ficcional maravilloso de las caballerías, mundo cuya presencia en la misma novela no es efectiva, sino un producto de la evocación imaginaria de Don Quijote. Este mecanismo se revela de gran eficacia y el lector deduce la realidad existencial de los personajes del primer mundo y la irrealidad ficticia del mundo imaginado y de los seres que lo habitan - endriagos, damas o enanos- ajenos a la lógica de aquel.

Don Quijote llega incluso a dar una prueba histórica de la existencia de sus héroes predilectos reconstruyendo la genealogía de la Orden de Caballería desde los Anales de Inglaterra que contienen la historia de los Reyes de Bretaña y del Rey Arturo (la *Historia Regum Britanniae*) fundador de la Orden de los Caballeros de la Tabla Redonda que se extiende por el mundo, hasta llegar a Amadís de Gaula y toda su descendencia, con todos sus hijos y nietos, hasta la quinta generación (DQ I,13:169 y ss.).

Son los amigos y parientes que tratan de curar al hidalgo manchego de su locura andantesca los que ponen en duda la existencia de esos héroes librescos. Es el caso del cura que, al negarla, reafirma su propia existencia real y verdadera y la de los personajes de su propio mundo,

2 Nuestra tipología de mundos ficcionales: maravilloso, realista, fantástico e híbrido no significa una gradación de ficcionalidad sino una descripción lógica de mundos que tienen idéntica naturaleza ficcional (Paz Gago, 1989).

3 Véase especialmente el primer capítulo, "*La mirada cervantina sobre la ficción*", en donde se contienen las aportaciones más originales de Pozuelo, y en especial el apartado 1.2. *El Quijote y la ficción como horizonte*, para el tema que nos ocupa (1993:25-31). El inicio de ese apartado sitúa bien nuestra perspectiva: *Resulta difícil hablar de la teoría de la ficción sin que venga a primer plano el Quijote de Cervantes... todo lector de la obra cervantina se siente llamado a reflexionar sobre los mecanismos, fines y límites de la ficción literaria...* (1993:25).

cuando declara que no puede persuadirse que los caballeros andantes evocados por su feligrés demente *hayan sido real y verdaderamente personas de carne y hueso en el mundo; antes imagino que todo es ficción, fábula y mentira* (DQ II,1:50). El procedimiento es eficacísimo, de un rigor teórico digno de los más destacados teóricos de la ficción y de un efectismo que supera a los más audaces experimentadores de la ficción postmodernista: al calificar de ficciones las historias contenidas en los libros de caballerías y sus protagonistas, deja sentado y reafirmado el carácter real y verdadero de su diégesis.

Otro habitante del universo realista expone la misma actitud crítica respecto a la probabilidad existencial de los caballeros andantes, *dudo que haya habido, ni que los hay ahora,* confiesa Don Lorenzo a Don Quijote, quien replica muy atinadamente reconociendo que *la mayor parte de la gente del mundo* -los seres de su mundo que parece así el mundo actual real- *está de parecer de que no ha habido en él caballeros andantes*. Tanto aquí como en otras ocasiones, el protagonista afirma la existencia de los seres caballerescos en un pasado histórico más o menos lejano del mundo actual en el que él trata de resucitar la Orden de Caballería andante. El argumento esencial que utiliza para demostrar su existencia remota es la necesidad y utilidad: *cuán provechosos y cuán necesarios fueron al mundo los caballeros andantes en los pasados siglos, y cuán útiles fuera en el presente si se usara* (DQ II,18:172).

El clérigo de la casa de los Duques es otro personaje del mundo básico de referencia que se encarga de negar con rotundidad y hasta con crudeza la posibilidad, tanto remota como próxima en el tiempo, de la existencia de los seres que habitan los mundos ficcionales maravillosos creados por los autores de libros de caballerías. Lector de la Primera Parte de la novela, este clérigo inflige de este modo un severo correctivo ficcional al protagonista, poniendo en evidencia su error referencial: *¿Quién os ha encajado en el celebro que sois caballero andante y que vencéis gigantes y prendeis malandrines? Andad enhorabuena, y en tal se os diga... ¿En dónde, nora tal, habéis vos hallado que hubo ni hay ahora caballeros andantes? ¿Dónde hay gigantes en España, o malandrines en la Mancha, ni Dulcineas encantadas, ni toda la caterva de las simplicidades que de vos se cuentan?* (DQ II,32:282). El mecanismo especular y metaficcional que aquí se plantea revela la extraordinaria capacidad creativa y teórica que el novelista delega en el enunciador responsable de toda la diégesis: un ser de ficción que habita el mundo ficcional realista evoca una obra de ficción anterior -entidad perteneciente al mundo real- para negar la existencia real de los seres que habitan otros mundos ficcionales, pertenecientes a textos de ficción también reales en el mundo actual. Si el procedimiento es eficacísimo para producir la ilusión de realidad, todavía lo es más cuando se citan designadores rígidos referentes a la geografía y a la toponimia real para demostrar que esos lugares nunca han sido habitados por seres exclusivos de la parafernalia caballeresca.

Pero la reflexión sobre la naturaleza de los seres ficcionales va más allá puesto que Don Quijote no se queda corto en su respuesta y se aferra a la referencia al mundo ficcional regido por una lógica maravillosa, no realista, en el que existen gigantes y dragones y en el que a él le corresponde la misión de vencerlos: *Yo he satisfecho agravios, enderezado tuertos, castigado insolencias, vencido gigantes y atropeyado vestiglos*. No sólo no se plantea rectificar su particular sistema referencial sino que vuelve el argumento a su favor y llega a afirmar que es el clérigo el que está en un error al *pensar y decir que no ha habido ni los hay caballeros andantes en el mundo* (DQ II,32:282). La guinda de toda la argumentación y contraargumentación sobre la existencia de los seres que habitan los universos ficcionales no realistas la pone, como siempre, el portavoz de la conciencia realista en la novela, Sancho, dando una explicación muy convincente de la actitud del clérigo: ha negado la existencia de los caballeros andantes porque jamás

los ha visto e ignora, por tanto, todo lo referente a ellos (DQ II,32:283-284).

Poner en duda y negar la existencia de los seres que habitan los mundos ficcionales caballerescos produce en el receptor la impresión de realidad y efectividad de los seres que dudan, niegan e imaginan y del mundo en el que se sitúan. Tanto unos como otros, seres realistas o maravillosos, son imaginarios y ambos tienen un mismo modo de existencia, la existencia conceptual.

2. Naturaleza de la existencia ficcional.

El problema de la existencia de los mundos ficcionales puede resolverse desde la perspectiva referencialista de la filosofía analítica, tal como hace Searle al enunciar su solución en forma axiomática: *cualquier cosa a la que se hace referencia tiene que existir* (1969:86). Este axioma ha sido negado desde posiciones antisemióticas y antimetafísicas que niegan a la ficción cualquier posibilidad de realidad y cualquier forma de existencia.

Ya hemos citado a Margolis, para quien los mundos ficcionales no existen sino que imaginamos que existen, cuando precisamente existen porque los imaginamos. El error de Margolis estriba en separar el acto de crear y representar ese mundo del acto de referirse a él (1983:169), actos que son simultáneos puesto que, como hemos sostenido, los relatos de ficción construyen y representan su mundo de referencia a la vez que se refieren a él. El enunciador ficcional -narrador- crea un universo de ficción dándole una existencia gracias a la cual puede referirse efectivamente a él y sus aserciones serán auténticas en el seno de ese universo al que se refiere.Como sugiere Mignolo (1981:115-117), los objetos y seres de la ficción no existen en el mundo actual del autor empírico, pero sí en el mundo actual del narrador (y de los receptores) y éste puede referirse a ellos auténticamente puesto que son existentes en el mundo imaginario de la ficción.

Con buena parte de los teóricos de la ficción -Howell, Dolezel, Eco, Pozuelo- es necesario insistir en la dependencia que los mundos ficcionales -a diferencia de los mundos lógicos- guardan respecto a los textos que los materializan, y en este sentido Dolezel deja claro que se trata de construcciones de la actividad textual y sólo en tal sentido adquieren su existencia ficcional. Es la propia narración la que produce la ficción en el sentido preciso que tiene el término narrar: acto de producir ficciones narrativas[4]. Como afirma Dolezel, un mundo posible o estado de cosas no actualizado se convierte en existente narrativo al encontrar su realización en un acto lingüístico y literario emitido con éxito (1989:237), generando un relato de ficción.

Desde un punto de vista ontológico, a los seres, objetos y mundos ficcionales se les puede atribuir la existencia como predicado de segundo nivel, puesto que tienen una existencia conceptual: existen en la ficción, en cuyo seno se les ha de reconocer una cierta existencia. Esta solución, en nuestra opinión definitiva para el problema ontológico-existencial de los mundos ficcionales y de los seres y objetos que los amueblan, procede de la distinción fregeana entre existencia como predicado de primer nivel, la actualidad metafísica propia de los entes que llamamos reales, y existencia como predicado de segundo nivel, propia de los conceptos y de las *realidades* conceptuales.

Frente a la posición de Russel al negar cualquier estatuto ontológico a la ficción y a los objetos ficcionales que serían inexistentes puesto que la existencia sería un predicado sólo aplicable a los universos y entes reales, el segundo sentido de existencia de Frege puede predicarse

4 Genette (1991) sostiene que el factor fundamental de la ficcionalidad estriba en el mecanismo de enunciación: en esta clase de textos, el enunciador es ficcional al igual que el propio acto de narrar.

de los mundos de ficción, construcciones imaginarias que carecen de existencia metafísica -de actualidad real- pero gozan de una existencia verbal y mental: tienen un cierto tipo de realidad sustantiva, existen, y por eso podemos referirnos efectivamente a ellos.

3. La existencia de los seres ficcionales: la espalda de Emma Bovary y la espalda de Cindy Crawford.

Parsons piensa que los entes de ficción existen y son tales cuando tienen una o varias propiedades nucleares que caracterizan y definen sus personalidades ficcionales (1980:55). Es evidente que el lector de las ficciones narrativas, por ejemplo, puede asignar inmediata y naturalemente una serie de propiedades y rasgos definitorios a los entes que habitan el universo de ficción diseñado en una novela, y de hecho las novelas generalmente consideradas de mayor valor son aquellas que perfilan con mayor complejidad y acierto la personalidad de sus personajes. El conjunto de rasgos físicos y psíquicos que contiene la novela de Cervantes diseña con gran precisión las personalidades complementarias de los protagonistas: Don Quijote es flaco y alto, Sancho gordo y bajo; la locura y el ingenio enfermizo del primero contrasta con el sentido común y la simplicidad del segundo,... Estamos ante personajes sobre los que el lector termina sabiendo muchas cosas -sus costumbres y caracteres, manías y peculiaridades, cómo se viste y lo que comen, andanzas, amistades y parentescos- en todo caso, más de lo que sabe sobre la mayor parte de los seres reales. De ahí que los receptores puedan hacerse una idea de esos seres y del mundo en el que habitan y existen, de modo que los conciben como existentes, al menos imaginariamente. Yo sé muchas más cosas de Don Quijote que de Bill Clinton, aunque éste sea un ser real y el héroe novelesco un ser de ficción.

Para demostrar al cura la existencia de Amadís, Don Quijote hace su descripción física y psicológica, precedida de una coletilla introductoria dirigida a reforzar la vericidad del retrato: *la cual **verdad** es tan **cierta**, que estoy por decir que con mis propios ojos vi a Amadís de Gaula* (DQ II,1:50). Con idéntica intención cita los rasgos más sobresalientes de la personalidad de sus admirados caballeros: la honestidad y valentía de Amadís, la discreción de Palmerín de Inglaterra, la docilidad de Tirante, la galantería de Lisuarte, la intrepidez de Perión de Gaula, la sinceridad de Esplandián,... (DQ II,1:48-49).

Pero Parsons, y con él buena parte de los teóricos de la ficción como Dolezel, reconoce que una de las especificidades de los entes de ficción es su carácter incompleto, es decir, de acuerdo con su concepción meignonniana (1975) de los entes ficcionales, de éstos se nos dan sólo algunas propiedades, pero no todas. No podemos conocerlos integralmente puesto que están caracterizados por la limitación lógica que los teóricos de la ficción llaman *incompletitud* (Dolezel 1989).

Margolis niega ese carácter incompleto puesto que, en su opinión, no se nos dan todas las propiedades simplemente porque no las necesitamos, y porque el propio lector puede aportarlas a partir de su conocimiento de otros seres reales o ficcionales (1983:166). Efectivamente, los individuos que pueblan un universo ficcional realista, por ejemplo, son concebidos a partir de individuos que pudieran ser su correlato en el mundo real, por tanto no es necesario reconstruirlos propiedad por propiedad ni especificarlas una a una, como reconocen tanto Eco (1981:182) como Kripke (1980:77). Además, la propia economía textual implica que un texto novelesco, por muy extenso y descriptivo que sea, como ciertas novelas de Balzac, no puede contener ni todas las informaciones ni todos los rasgos de los seres y objetos que lo llenan. Tanto Parsons como Dolezel reconocen la necesidad de la no especificación de todas las propiedades de los entes de

ficción, necesariamente incompletos ya que esos vacíos son constituyente esencial de la estructura semántica de la ficción (1980:56) e intervienen como tal en su recepción.

Hemos de tener en cuenta, además, que este carácter incompleto de los seres ficcionales no pertenece a su constitución ontológica de seres ficcionales ni a su estructura lógica sino que responde a un criterio cognitivo: los lectores no podemos conocer ciertos detalles y facetas sobre personajes puesto que no se especifican en los textos y en los mundos en que habitan, pero lo mismo nos ocurre con los seres reales y empíricos: yo no sé si Emma Bovary tiene un lunar en la espalda, pero desgraciadamente tampoco puedo contemplar la magnífica espalda de Cindy Crawford para descubrir en ella un lunar.

Componente de la convención de ficcionalidad entre emisor y receptor, narrador y narratario, es el aporte de los elementos no especificados, los cuales son aportados por el conocimiento del mundo real y de otros mundos ficcionales, su competencia cultural, sus gustos, su propia imaginación, etc. Es esta la lectura cooperativa en el texto de ficción de la que ha hablado repetidamente Eco.

Desde el primer capítulo de la novela cervantina, la instancia narratorial extradiegética nos da una descripción bastante completa de Don Quijote: *Frisaba la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años; era de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza* (DQ I,1:71). Por muy completo que sea este esbozo descriptivo desarrollado a lo largo de todo el relato, nunca se nos dirá todo del personaje. Sabemos su edad y su tipo físico, pero no se nos dice si era propenso a los dolores de garganta; también se nos informa de su afición a la caza y a la lectura de libros de caballería, pero no se nos especifica si gustaba de la pesca o si tenía costumbre de leer obras piadosas, actividades ambas muy probables en un hombre de su posición en la época, y ello no merma en absoluto su existencia imaginativa y conceptual.

De todos modos, tampoco sabemos todo de la mayor parte de nuestros amigos y colegas del mundo real y no son por ello menos reales. Y puedo referirme con más propiedad y con más seguridad a la personalidad de Don Quijote que a la de Robert Reford y, por desgracia, sé muchas más cosas de Ana Ozores que de Naomí Campbel. En conclusión, creo que debemos renunciar al carácter incompleto de los seres ficcionales como una de sus característica definitorias.

Las propiedades no especificadas podemos tomarlas de nuestra experiencia cotidiana del mundo real en el que vivimos y así concebimos a Don Quijote de acuerdo con nuestra idea de un hombre de cincuenta años que vive en un medio rural; otras provendrán de nuestra experiencia de lectores de literatura de la época y así debemos utilizar las figuras literarias del caballero andante con el que se identifica o la del hidalgo pobre, tipo literario tan explotada en los siglos áureos. Los lectores actuales pondremos en juego, además, nuestra experiencia de espectadores de versiones cinematográficas o de visitantes de museos y de tiendas de antigüedades para poder concebir el vestuario del protagonista y la ridícula armadura que recompone para salir en busca de aventuras.

También los seres que habitan los universos ficcionales maravillosos son existentes e incompletos cognoscitivamente, y su existencia conceptual, de segundo nivel, no impide su conocimiento y reconocimiento como existentes. Las ninfas o las sirenas, los vestiglos y los gigantes, no se corresponden con seres existentes en el mundo real actual pero pueden ser completados y reconstruidos por un receptor con una competencia literaria media a partir del mundo real y de otros mundos textuales mitológicos, narrativos y científicos (libros de zoología, bestiarios, ...). Las ninfas y las sirenas son seres mitológicos cuya configuración encuentra su corre-

lato en bellísimas doncellas reales con atributos maravillosos y partes del cuerpo procedentes de otras especies como peces, plantas, flores,...; los gigantes corresponden a hombres del mundo real de proporciones desmesuradas y los endriagos pueden reconstituirse perceptivamente a partir de otros animales existentes en el presente (anfibios y reptiles) o en el pasado (dinosaurios) dotándolos de propiedades imprevisibles en el mundo realista como la posibilidad de volar o de escupir fuego y humo.

Precisamente sobre la existencia de gigantes da Don Quijote argumentos no sólo muy razonables sino también científicos: uno de naturaleza escriturística, la narración bíblica del gigante Goliat, prueba definitiva de su existencia si tenemos en cuenta la fuerza argumental y la autoridad de las Escrituras Sagradas, y otro paleontológico, el descubrimiento de huesos de gran tamaño en la Isla de Sicilia (DQ II,1:50).

La negación repetida de la existencia de los caballeros andantes que el Caballero de El Verde Gabán califica de *fingidos* (DQ II,16:152) y el cura reduce a *compostura y ficción* (DQ I,32:397) forma parte de la estrategia dirigida a reafirmar la realidad de los seres que emiten esos juicios sobre la naturaleza ficcional de otros seres. El propio Don Quijote, cuando recupera la razón antes de su muerte, confiesa el error en el que había caído al creer en la existencia de esos seres ficticios (DQ II,74:589) de modo que queda negada su condición de ser no ficticio. En realidad, unos y otros son igualmente ficcionales y ambos participan de la misma modalidad existencial.

4. La no existencia de un ser de ficción: el caso de Dulcinea.

Un caso particular de estatuto ficcional es Dulcinea, arquetipo de la dama por quien los caballeros andantes realizaban sus aventuras, de la que Don Quijote está firme y platónicamente enamorado. Se trata de un ente de ficción doblemente imaginario, producto de la imaginación de un ser ficcional que no existiría ni siquiera en el mundo de la ficción realista pero que Don Quijote describe con precisión y puntualmente, aunque en un tono hipotético que deja entrever una naturaleza puramente literaria: ... *su nombre es Dulcinea; su patria, el Toboso, un lugar de la Mancha; su calidad, por lo menos, ha de ser de princesa, pues es reina y señora mía; su hermosura, sobrehumana, pues en ella se vienen a hacer verdaderos todos los imposibles y quiméricos atributos de belleza que los poetas dan a sus damas...* (DQ I,13:176).

Si esta descripción fuertemente idealizada resulta poco concreta y revela su naturaleza imaginativa y poética, el protagonista nos informa también sobre la identidad y filiación de su dama en el mundo realista básico en el que se trata de una labradora llamada Aldonza Lorenzo, individuo dotado de propiedades muy distintas a las que cita su enamorado. Sancho se muestra sorprendido ante esta revelación de su amo según la cual Dulcinea del Toboso -*la que merece ser señora de todo el universo*- no es otra que la hija de Lorenzo Corchuelo (DQ I,25:311-312). Mediante esta estrategia se consigue que un ser caracterizado como procedente de los mundos ficcionales maravillosos de las caballerías encuentre un correlato no en el mundo real sino en el mundo realista en el que se sitúa quien la imagina. Don Quijote se reafirma en su comportamiento mental, reconociendo la irrealidad de su dama: *Y así, bástame a mi pensar y creer que la buena de Aldonza Lorenzo es hermosa y honesta; y en lo del linaje importa poco... y yo me hago cuenta que es la más alta princesa del mundo*. El estatuto ficcional de Dulcinea se complica así extraordinariamente: solo tiene existencia en el mundo realista como tosca labradora y no como dama caballeresca, puro producto de la imaginación de un ser ficcional que además la describe en una clave explícitamente imaginaria: *Yo imagino que todo lo que digo es así, sin que sobre ni*

falte nada, y píntola en mi imaginación como la deseo, así en la belleza como en la principalidad (DQ I,25:314).

En el *Quijote* de 1615 se plantea el complejo fenómeno maravilloso del encantamiento de Dulcinea, por acción de algún maligno encantador según el protagonista, cuando sabemos que en la realidad del mundo básico se trata de una mera invención de Sancho. En efecto, cuando el caballero envía a su escudero al Toboso en busca de su dama, Sancho se ve obligado a inventar la mentira del encantamiento, explotando a su favor la monomanía cognoscitiva de su amo y el correlato realista que éste mencionaba en la Primera Parte de la novela: ... *no será muy difícil hacerle creer que una labradora, la primera que me topare por aquí, es la señora Dulcinea... quizá pensará, como yo imagino, que algún mal encantador de éstos que él dice que le quieren mal le habrá mudado la figura por hacerle mal y daño* (DQ II,10:107).

El mecanismo perceptivo y referencial de ambos personajes se invierte en esta ocasión: Sancho describe a Dulcinea como una criatura de ficción maravillosa, como una princesa bellísima, ricamente vestida y adornada. El narrador extradiegético aporta la información objetiva de lo que se ve en el mundo realista -...*y descubrieron cerca a las tres aldeanas* -, Sancho insiste en que vienen *resplandecientes como el mismo sol*, pero Don Quijote lo contradice erigiéndose en fiel intérprete de la realidad cruda y cotidiana de su mundo: *Yo no veo, Sancho, sino a tres labradoras sobre tres borricos.* Como el escudero porfíe en mantener su fingida percepción, este Don Quijote de la Segunda Parte recurre al expediente prodigioso del encantador que le persigue -...*y ha puesto nubes y cataratas en mis ojos, y para solo ellos y no para otros ha mudado y transformado tu sin igual hermosura y rostro en el de una labradora pobre* (DQ II,10:110)- justificando incluso desde un punto de vista físico la extraña transformación de sus habituales princesas en vulgares aldeanas.

Queda aquí clara la diferencia entre ficción y mentira: Sancho miente porque ve labradoras de acuerdo con la referencia normal a su universo realista y dice ver princesas, mientras que Don Quijote ha visto princesas de acuerdo con la referencia habitual en él a los universos maravillosos de la caballeresca, aunque en esta ocasión ya está corrigiendo su comportamiento referencial incorrecto y ve efectivamente labradoras. El fenómeno del encantamiento inventado mendazmente complica aún más la cosa: la labradora no es percibida como princesa a causa del encantamiento, a consecuencia del cual Don Quijote percibe y es consciente de percibir realmente una campesina pero cree que es su dama bajo los efctos del hechizo. Sancho, por su parte, percibe realmente a la labradora pero finge ver la princesa.

Dulcinea es, pues, un personaje puramente imaginario como los restantes seres del universo de las caballerías, y a él corresponde su descripción y sus propiedades, evocado por su señor quien nos revela explícitamente ese carácter puramente imaginario y gratuito, poniendo en duda su existencia incluso ficcional.

La duquesa, lectora de la Primera Parte de la novela, conoce el problema de la identidad de Dulcinea y en su diálogo con el enamorado caballero expone toda una teoría sobre los seres de la ficción fantástica, con una gran precisión terminológica. Para la duquesa, Dulcinea es una *dama fantástica*, una pura creación de Don Quijote que nunca la ha visto; éste rebate el argumento -la imposibilidad de percibir empíricamente un ente imaginario- con una evasiva poco convincente: ... *Dios sabe si hay Dulcinea o no en el mundo, o si es fantástica o no es fantástica; y estas no son de las cosas cuya averiguación se ha de llevar hasta el cabo* (DQ II,32:290). En cierto modo, el protagonista da la razón a su interlocutora y queda claro que Dulcinea carece de existencia real en el mundo básico de la novela. De todos modos, vuelve a emplearse el mecanismo de la mentira dentro de la ficción para afirmar la existencia de un ser ficcional al prome-

ter la duquesa que en el futuro creerá y hará creer a todos los de su casa que Dulcinea del Toboso existe y vive. La dama de los amores caballeriles es descrita con sus atributos de tal, es hermosa y principal, aunque -en el colmo de la confusión de modalidades existenciales- se exponen ciertas dudas sobre su linaje pues ha sido vista en forma de labradora (DQ II,32:292).

Efectivamente, produce vértigo la complejidad con la que se plantea aquí la confusión de modalidades discursivas y existenciales -mentira, fingimiento, ficción, realidad- cuando Sancho reconoce que el encantamiento ha sido una pura mentira suya, inventada para engañar a su amo. La duquesa lleva el procedimiento a sus últimas consecuencias para la existencia ficcional tratando de convencer al escudero de que Dulcinea existe *real y verdaderamente*, que es una labradora, que está efectivamente encantada y que el encantamiento es también real y auténtico y no invención suya (DQ II,33:301). Ante la insistencia de la duquesa, Sancho concluye reafirmando la validez indiscutible de su percepción basada en el sistema referencial ligado al universo realista en el que existe y dudando de la existencia de un ser puramente imaginario como la Dulcinea descrita por su amo: *Verdad sea que lo que yo vi fue una labradora, y por labradora la tuve, y por tal labradora la juzgué; y si aquello era Dulcinea, no ha de estar de mi cuenta* (DQ II,33:302).

En conclusión, a los seres ficcionales y a los mundos en los que habitan -sean éstos realistas, maravillosos o fantásticos- les corresponde una existencia no factual, sino conceptual, de segundo nivel, independientemente de su carácter cognoscitivamente incompleto y del tipo de mundo ficcional que el texto cree y representa para referirse a él.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

CRITTENDEN, Ch. (1991). *Unreality. The Metaphysics of Fictional Objects.* Ithaca:Cornell Universyty Press.

DOLEZEL, L. (1980). "Truth and Authenticity in Narrative". *Poetics Today* 1, 7-25.
(1985). "Pour une typologie des mondes fictionnels". En *Exigences et perspectives de la sémiotique,* Parret H, y Ruprecht, H.G. (eds.), 7-23. Amsterdam:J. Benjamins.
(1989). "Possible Worlds in Literary Fictions". En *Possible Worlds in Humanities, Arts and Sciences*, S. Allen, (ed.), 221-242. Berlin and New York: De Gryter.
(1990). *Poetica Occidentale.* Torino:Einaudi.

ECO, U. (1979). *Lector in fabula.* Barcelona:Lumen, 1981.
(1983). "Postille al *Nome della Rosa*". *Alfabeta*, 49. Trad. esp.: Barcelona:Lumen, 1984. Trad. fr.: Paris:Grasset, 1985.
(1990). *Los límites de la interpretación.* Barcelona: Lumen, 1992.

GENETTE, G. (1991). *Fiction et diction.* París:Seuil.

HERRNSTEIN SMITH, B. (1978). *On the Margins of Discourse.* Chicago: Chicago University Press .
(1980). "Afterthoughts on Narrative". *Critical Inquiry* 7, 213-236.

HOWELL, R. (1979). "Fictional Objects: How they Are and How they Are Not". *Poetics* 8, 129-178.

KRIPKE, S. (1972). "Naming and Necessity". *Semantics of Natural Language,* Davidson & Harman (Eds.), 253-335. Dordrecht: Reidel.
(1980) (Ed.) *Naming and Necessity.* Cambridge:Harvard University Press.

MARGOLIS, J. (1977). "The Axiom of Existence: Reductio ad Absurdum". *Southern Journal of Philosophy* 15, 91-99.
(1983). "The Logic and Structure of Fictional Narratives". *Philosophy and Literature* 7/2, 162-181.

MARTINEZ BONATI, F. (1978). "El acto de escribir ficciones". *Dispositio* 7-8/3, 137-144. In 1992b:61-70.
(1981). "Representación y ficción". *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos* 2/1, 67-89. In 1992b:91-112.
(1983). "Towards a Formal Ontology of Fictional Worlds". *Philosophy and Literature* 7/2 ,182-195 . In 1992b:113-128.
(1992). *La ficción narrativa (Su lógica y ontología).* Murcia: Universidad de Murcia.

MIGNOLO, W. (1981). "Semantizacion de la ficcion literaria". *Dispositio* 5-6/15-16, 85-127 .

PARSONS, T. (1980). *Nonexistents Objets.* New Haven:Yale University Press.

PAZ GAGO, J. M. (1989). "El mecanismo ficcional del Quijote: ficción realista y ficción maravillosa". *Anales Cervantinos* 27, 21-43.
(1994) . "La finzione come simulazione". *Cruceiro Semiotico*, en prensa.
(1995). *Semiótica del Quijote. Teoría y práctica de la ficción narrativa.* Amsterdam y Atlanta: Rodopi.

POZUELO YVANCOS, J. M. (1993). *Poética de la ficción.* Madrid:Síntesis.

REISZ DE RIVAROLA, S. (1979). "Ficcionalidad, Referencia, tipos de ficcion". *Lexis* 3/2, 99-170.

SEARLE, J.R. (1975b). "The Logical Status of Fictional Discourse". *New Literary History* 6, 319-323.Trad. fr.: Paris: Minuit, 1982.

WALTON, K. (1983). "Fiction, Fiction Making and Styles of Fictionnality". *Philosophy and Literature* 7/1, 78-88 .
(1984). "Do we Need Fictional Entities? Notes Toward a Theory". *Aesthetics: Procedings of the VIII IWS* . Vienne: Holder.